

*

LUIS ALBERTO DE CUENCA

*

POR LAS CALLES DEL TIEMPO

[Antología personal, 1979-2010]



RENACIMIENTO

*

*

POR LAS CALLES DE TIEMPO



Luis Alberto de Cuenca

POR LAS CALLES DEL TIEMPO

[*Antología personal, 1979-2010*]



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMXI

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

© *Fotografía de* José del Río Mons

© Luis Alberto de Cuenca

© 2011. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: S. 737-2011

ISBN: 978-84-8472-639-5

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-8472-724-8

Printed in Spain

a la memoria de Mercedes Prado, mi madre

NOTA DEL AUTOR

HACE unos años, con destino a una editorial mexicana, urdí una primera antología personal que titulé *Jardín de la memoria*. Ésta es la segunda, completamente renovada y puesta al día. Comprende poemas escritos entre 1979 y 2009 y pertenecientes a los siguientes libros: *La caja de plata* (1985), *El otro sueño* (1987), *El hacha y la rosa* (1993), *Por fuertes y fronteras* (1996), *Sin miedo ni esperanza* (2002), *La vida en llamas* (2006) y *El reino blanco* (2010). Me ha parecido irrelevante consignar, a pie de poema, el libro del que forma parte, pero he seguido el orden en que aparecen los poemas en cada uno de los libros, ofreciendo una selección más o menos cronológica (y digo «más o menos» porque, aunque sigo un estricto orden cronológico en lo que se refiere a los libros, no siempre los poemas de cada libro iban ordenados cronológicamente). Los siete últimos poemas son inéditos y fueron escritos en verano de 2009; formarán

parte de un nuevo libro, aún sin título, que no sé cuándo verá la luz.

Agradezco a mi viejo y querido amigo Abelardo Linares el interés que ha puesto en que esta antología se publique. Son los poemas que hoy, en la primavera de 2011, me son menos indiferentes. Mañana pensaré otra cosa. Pero quién sabe dónde estaremos mañana.

L. A. de C.

Madrid, 7 de abril de 2011

AMOUR FOU

Los reyes se enamoran de sus hijas más jóvenes.
Lo deciden un día, mientras los cortesanos
discuten sobre el rito de alguna ceremonia
que se olvidó y que debe regresar del olvido.
Los reyes se enamoran de sus hijas, las aman
con látigos de hielo, posesivos, feroces,
obscenos y terribles, agonizantes, locos.
Para que nadie pueda desposarlas, plantean
enigmas insolubles a cuantos pretendientes
aspiran a la mano de las princesas. Nunca
se vieron tantos príncipes degollados en vano.

Los reyes se aniquilan con sus hijas más jóvenes,
se rompen, se destrozan cada noche en la cama.
De día, ellas se alejan en las naves del sueño
y ellos dictan las leyes, solemnes y sombríos.

EL REGRESO

VENGO de desertar en Bouvines o de pelear en Midway,
vengo de la victoria o de la cobardía.

No sé si estoy buscando un cuerpo o si necesito un
amigo,

si vengo a provocar un duelo o si vengo a evitarlo.

Puedes recibirme en tus brazos o no reconocirme.

A mi alrededor todo es sombra o un perfil demasiado
concreto.

He venido a matarte o a morir a tus manos.

CONVERSACIÓN

CADA vez que te hablo, otras palabras escapan de mi boca, otras palabras. No son mías. Proceden de otro sitio. Me muerden en la lengua. Me hacen daño. Tienen, como las lanzas de los héroes, doble filo, y los labios se me rompen a su contacto. Y cada vez que surgen de dentro –o de muy lejos, o de nunca–, me fluye de la boca un hilo tibio de sangre que resbala por mi cuerpo. Cada vez que te hablo, otras palabras hablan por mí, como si ya no hubiese nada mío en el mundo, nada mío en el agotamiento interminable de amarte y de sentirme desamado.

NOCTURNO

APAGASTE las luces y encendiste la noche.
Cerraste las ventanas y abriste tu vestido.
Olía a flor mojada. Desde un país sin límites
me miraban tus ojos en la sombra infinita.

¿Y a qué olían tus ojos? ¿Qué perfume de oro
y de agua limpia y pura brotaba de tus párpados?
¿Qué invisible temblor de cristales de fuego
agitaba la seda lunar de tus pupilas?

Recamaste la almohada con hilos de azabache.
Tejiste sobre el sueño un velo de blancura.
Eras la rosa pálida tiñéndose de rojo,
la rosa del veneno que devuelve la vida.

La blusa, el abanico, una pluma violeta,
el broche con la perla y el diamante en el pecho.

Todo abierto y en paz, transparente y oscuro,
sin dolor, navegando rumbo a tus manos frías.

MUERTA

ESTABA deprimido. Caminaba a lo largo del puerto. Se rompían las olas frente a mí, y eran remotas y altas como los muros de una cárcel, como el silencio de una cobardía. Junto a la playa, en el aparcamiento donde quedó mi coche, en un extremo del asfalto, rozando ya la arena, oí una mezcla de perfume y sangre.

CASADA

EN el hombro la herida me latía
como un segundo corazón. Si a ella
le dolía también, no me lo dijo.
La puerta se cerró. Por un momento
nos abrazamos, y eso era la vida.
Pero volvió el dolor, volvió la niebla
sobre mis ojos y frente a mis labios.
Y volverían dudas y reproches,
y la herida del hombro, y su marido.

DESEADA

ERA su turno. Cuidadosamente dobló la gabardina sobre el brazo. Se echó el pelo hacia atrás, y su mirada se cruzó con la mía. Con los ojos le devolví la calma. Se marchaba, pero regresaría, y todo aquello terminaría bien. Cerró la puerta. Yo me quedé sentado, acariciando, tembloroso, su ropa interior verde.

PELIGROSA

«¿QUÉ es más, un inspector o un comisario?»
Lo dijo distraída, desde lejos.
Se lo expliqué. Siguió: «¿Por qué no tiemblas?
Yo soy más peligrosa que esos tipos.»
No sabía qué hacer. Quería irme.
Largarme a conducir por un sembrado.
Devolver la licencia. Suicidarme.
Pero no me marché. Busqué sus ojos
y le cerré la boca con un beso.

EL EDITOR FRANCISCO ARELLANO, DIS-
FRAZADO DE HUMPHREY BOGART, TRAN-
QUILIZA AL POETA EN UN MOMENTO DE
ANSIEDAD, RECORDÁNDOLE UN PASAJE DE
PÍNDARO, *PÍTICAS*, VIII, 96

SIN mujer, sin amigos, sin dinero,
loco por una loca bailarina,
me encontraba yo anoche en esa esquina
que se dobla y conduce al matadero.

Se reflejó una luz en el letrero
de la calle, testigo de mi ruina,
y de un coche surgió una gabardina
y los ojos de un tipo con sombrero.

Se acercaba, venía a hablar conmigo.
Mi aburrido dolor le interesaba.
Con tal de que no fuese un policía...

«Somos el sueño de una sombra, amigo»,
me dijo. Y era Bogart, y me amaba;
y era Paco Arellano, y me quería.

ENCUENTRO DEL AUTOR CON FERNANDO AROZENA

VENÍA de las cuatro corrientes del infierno:
del río de los monstruos que añoran la belleza,
del que pueblan voraces serpientes silenciosas,
del río de la nieve y del río del fuego.

No me servían ya los viejos diccionarios,
ni pensar en morir, ni vengarme de nadie.
La traición derramaba veneno en mis oídos.
El vértigo sembraba puñales en mis labios.

Era triste vivir la huida de los nombres.
No recordaba historias. Todo estaba vacío.
Tan sólo atormentaba mi espíritu un recuerdo:
Leonor había muerto en brazos de otro hombre.

Cerré los ojos. Quise conjurar la memoria
de la paz. El olvido que purifica. El cero.

Y no pude. La imagen volvía a torturarme
y a inundar mi cerebro con sus horribles formas.

Entonces me encontraste tú, Fernando Arozena,
vaga sombra extraída de una crónica apócrifa,
deus ex machina, sueño forjado por un loco
para rehabilitarme y condonar mis deudas.

Llegabas como el drago de tu patria: frondoso,
soberbio y milenario, cargado de leyendas,
lleno de grutas feéricas y amores primevales,
con el pájaro azul y la rama de oro.

Hablaste, y tus palabras sonaron en la estancia
como viejos hexámetros de Homero o de Virgilio.
No me herían. Cantaban. Y en sus modulaciones
vibraba la amistad y la paz retornaba.

Dijiste del saqueo de Troya por los griegos,
de la sombra de Helena y del hacha de Hagen;
de abrazos que duraron un siglo, de Nausícaa
y del múltiple rostro del campeón eterno.

Todo era matinal, como los desafíos,
como los desayunos de la señora Hudson.
Y la brisa del alba traía las canciones
primeras de la especie, los primeros latidos.

Las horas discurrían doradas, y tú, hermano,
me hacías regresar al claustro de la vida.
Y Otelo no tenía que matar a Desdémona,
y Angélica sufría los desdenes de Orlando.

LA HUIDA A EGIPTO

LE pagaba para que me matase,
y se ha largado al sur. Todas se marchan.
Aceptan cheques, flores y mentiras.
Se comprometen a matarme. Dicen:
«No verás el otoño. Te lo juro.»
Y se van antes de la primavera.
También ésta se ha ido. Con un mapa
de Egipto y con las llaves de mi coche.
Quiera Dios que los vientos no conduzcan
su nave a puerto. Que una lluvia roja
le queme el corazón, si es que lo tiene.
Que nunca llegue a Egipto esa maldita.

EL DESEMBARCO

ME has dejado desnudo en el campo de tenis.
No sé qué voy a hacer. Me encuentro desolado.
Anochece en el golfo de Rosas. Tengo frío.
Los griegos desembarcan en la playa desierta.